

Del éxito y la inhibición. Breve ensayo para una crítica de la psicología basada en evidencia desde el psicoanálisis

Edgar M. Juárez-Salazar¹

Resumen

El presente artículo propone una revisión de los conceptos de éxito e inhibición desde la mirada psicoanalítica con el objetivo de realizar una crítica a la psicología basada en evidencia. Partiendo de la radicalidad que el psicoanálisis propone desde su irrupción en el llamado complejo psi, buscamos revitalizar una crítica a las dinámicas empíricas y funcionales que propone la psicología basada en evidencia contraponiéndolas con la operatividad del psicoanálisis y la posible crítica a los criterios de adaptabilidad y funcionalidad que se proponen en el vínculo entre las psicologías y la estructura económica del capitalismo.

Palabras clave: *capitalismo, evidencia, eficiencia, eficacia, psicología crítica*

Abstract

This article offers a review of the concepts of success and inhibition from a psychoanalytic perspective, intending to critique evidence-based psychology. Beginning from the radicalism that psychoanalysis has proposed since its birth in the so-called psi complex, we seek to revitalize a critique of the empirical and functional dynamics proposed by evidence-based psychology, contrasting them with the operability of psychoanalysis and the possible critique of the criteria of adaptability and functionality proposed in the link between psychologies and the economic structure of capitalism.

Keywords: *capitalism, evidence, efficiency, effectiveness, critical psychology*

“Es la vida lo que debería ser considerado un fallo de funcionamiento”

Amélie Nothomb – *Metafísica de los tubos*

¹ Profesor Investigador de Tiempo Completo en el Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. Correo: ejuarez@correo.xoc.uam.mx

Introducción o una práctica incómoda

Día con día, a toda hora, salvo cuando soñamos, nos arrojamos a la fecunda pero insensata seguridad de lo que creemos y asumimos como realidad. A veces, con muy pocas pruebas, anticipamos el juicio bajo el acecho del presentir y de la confianza en la repetitividad forzada del pensamiento. La vida es, cuando menos, generalizada y aparente. Pese a este alcance ficticio, a menudo hablamos desde la suposición y desde las reflexiones morales e ideológicas, asuntos que pertenecen más bien al engranaje de la cultura normalizada que a nuestra compleja exterioridad.

La racionalidad, a lo largo de la historia de la civilización occidental, nos ha mostrado algunos deslices significativos y muchas contradicciones en el éxito. A la razón contemporánea, la mueve, además del progreso, una confianza absorta en la ciencia. Quizás, la variante más ambigua de esa racionalidad científica fue la descubierta por Sigmund Freud ante la amplificación de la existencia pulsional, un “éxito particular” como lo muestra Ernest Jones (1957, p. 49). Un empuje extraño, tan singular como repetitivo, pues nada es más antinatural que la naturaleza misma de la pulsión para un sujeto culturalizado. La pulsión exhibe el engaño de la suposición, oceánica, de que poseemos algo de infalibilidad y fortaleza ante un mundo centrado ahora en los objetos y sus placeres parciales.

La agudeza de Freud mora en su obstinación ante el fracaso. Su genio maligno, si se admite la aproximación cartesiana, apuntó a una diferencia testaruda frente al etéreo encanto de la inhibición. Esa condición maléfica, aquella que enzarza el desconocimiento empujado por lo inconsciente y que comprueba, en su orden y en su superficie, que la inhibición es sobresaltada por la destreza del acto. A pesar de todo, con el paso de los años y bajo la inescrupulosa máquina mortífera del capitalismo y sus acoples administrativos, nos encontramos bajo el yugo asfixiante de la aceleración, la acumulación y la productividad. En estos tres pilares, cuando menos, descansa el punto de mira del ejercicio inhibitorio en el capital. El incesante paso del trabajo concreto al trabajo abstracto. Un trabajo bajo el prisma

de la represión cultural racionalizada. Tal vez por esa determinación, Freud y su invención deben aún reconocerse como los “perturbadores de la conciencia occidental” (Roudinesco, 2015, p. 464).

Desde la invención misma del psicoanálisis, las resistencias y su enclave político han estado a la orden del día. Una insistencia que, de tanto repetirse, puede parecer verdadera y encuentra en la ciencia positiva y regular una base sólida para extender el denuesto sobre el arte psicoanalítico. Las resistencias son diversas y van más allá de los detractores científicos. En muchas ocasiones, la principal resistencia al psicoanálisis se encuentra *in da house*. Algunas de las instituciones psicoanalíticas, las de mayor calado en el sector social conservador, las de la corrección política y la ideología dominante, ven en el psicoanálisis una psicoterapia que reivindica el saber *psi* como un tesoro y amplifica la superioridad económica, racial y de clase de quienes pueden acceder al psicoanálisis, formarse en él y analizarse. Esto no deja de lado a las y los psicoanalistas que practican la *política del robo*, ese pez que nada tanto en agua dulce como en agua salada, sin nunca definirse ante una y otra circunstancia. Una pregunta inicial pertinente aquí es: ¿Por qué se inhibe la práctica política del psicoanálisis?

En los albores de la praxis freudiana, lo que inquietó en gran medida a las sociedades respecto del psicoanálisis era la desvelación de la “sexualidad” como algo “intolerable”; una “revolución de lo íntimo” (Roudinesco, 2011, p. 59). A esta compleja hendidura en el armado del sujeto vino a sumarse la cansina manifestación identitaria y fagocitante de la explicación ontológica universal y aglutinante. La cuestión del rechazo al psicoanálisis es un excelente punto para observar la grieta, la falla y la verdad desvelada en un sistema normalizador y patologizador. En consecuencia, la incomodidad que genera el psicoanálisis a nivel político es una actividad movilizante, poco apaciguadora.

Asimismo, la vetusta cantaleta de que el psicoanálisis no es verificable o carece de fundamento mantiene un camino más allá de la crítica. Parece que esta falta de verificabilidad tiene muy inquietos a los profesionales de la salud mental burguesa, a pensadores, a políticos y a muchos otros intelectuales. Como se puede

imaginar, se trata de ese lugar común por el cual la queja enlaza el sentirse cómodo con la medición, el guiño edulcorante del yo, con el uso exacerbado y controlado del tiempo, con el rechazo de lo supuestamente críptico y de todo aquello que se le achaca de forma francamente insípida al psicoanálisis. El mantenimiento de un dolor casi imperceptible por permanecer en un mundo plagado de inhibición positiva. Lo curioso es que el psicoanálisis, de modo insistente, se comprueba en la falla, en el fracaso. En la negatividad y no en lo positivo.

Arduos, constantes y repetitivos son los debates entre psicoanalistas y científicos o *expertos psi*. En esos encuentros vuelan argumentos sólidos y consistentes desde ambos bandos. Muchas veces, estas cuestiones llevan a un callejón sin salida, pues se espera contar con algún vencedor exitoso. Sin embargo, estas prácticas, además de responder con buenos argumentos desde la filosofía de la ciencia, la práctica psicológica validada y el orden regular de la atención psiquiátrica, quizás no sean el camino más sensato para discernir el problema. En otras palabras, introducir el saber en un duelo de saber acumula más saber y no destraba en absoluto la cuestión.

Un buen intento de discernimiento, buscando la falla, el resquicio insondable de lo no sabido, lo proporciona Marie Langer en aquel —ya casi mítico— debate en 1975 que congregó, bajo la organización de Armando Suárez, a resonadas figuras del ambiente *psi*. Para Langer (1978), el problema de fondo no está en el psicoanálisis en cuanto tal sino en el carácter “ideologizado” de la noción de “salud mental” ya que, del mismo modo, toda “estratificación de una sociedad analítica” tiende a enmarcar “el poder del saber”, a incentivar “la represión de la explotación” y, sobre todo, alimenta la “huida al cientificismo” como un “mecanismo de defensa” (p. 74).

Por otro lado, la pérdida y el psicoanálisis forman una pareja permanente. De hecho, algunas de las prácticas que le recriminan al psicoanálisis guardan una profunda semejanza con las dimensiones más bellas de la cultura. Por ejemplo, hacer una gran amistad con alguien requiere una buena pérdida de tiempo; es un asunto increíble, nos llena a veces de incertidumbre y, sobre todo, suele mover de

sobremanera nuestras inhibiciones para generar políticas de la amistad, tomando aquel título derridiano. Para decirlo en palabras claras, los actos políticos siempre tienen esa singular proeza de arriesgar la incertidumbre y evitan la garantía de los buenos puertos para dar cabida a la posibilidad del fracaso y el perder. Fracasar es uno de los hilos que bordan la posibilidad de germinar en la vertiente inhibida de la existencia capitalizada.

Por el contrario, el capital y su gestión política del placer conducen, en última instancia, al encuentro con reservas, a inhibirse para prolongar el deseo capitalizado en nuestra sustancia gozante. Eso, precisamente, es lo que alimenta la beta de lo antisocial del capitalismo en la sociedad: creer que hay un encuentro sexual exitoso cuando, en realidad, poco nos enteramos de la diferencia inscrita en el sexo —salvo cuando angustia. De este modo, la inquietud que produce el psicoanálisis como arte liberal estriba igualmente en el recuerdo de nuestra primitiva animalidad y en una honorable crítica a todo saber psicológico que se esfuerza en “comprenderlo todo”, en insistir en su carácter “empático y amistoso” (Pavón-Cuéllar, 2024, p. 61). Percatarse de la no complementariedad hace que el psicoanalista apunte a la pérdida, a la insatisfacción inexpugnable y, con ello, produzca una relación mucho más fiera y subversiva con el mundo.

Esto abre las aguas en torno a la función del profesional de las *disciplinas psi* más allá de su papel de “tutor social” o de encauzador que guía a los “ciudadanos” (Daza Díaz, 2006, p. 29). Es decir, dar lugar a la sospecha de la insistencia de las psicologías en validarse a través de la evidencia, de lo visible y medible como un eje excluyente de aquello que escapa a toda manifestación inconsciente. Una evidencia que sigue dando un lugar cardinal al psicólogo como el *profesional psi* que prioriza el uso eficaz de la terapéutica y la archiconocida optimización de recursos.

El singular asunto de la inhibición

La inhibición en el capitalismo y su relación con el éxito residen en medio de feroces laberintos ficticios de la sociedad de consumo. ¡Menudo timo ese del éxito, vaya

astucia del capital! Ese éxito es el que cuaja bastante bien en las directrices obsesivas de la neurosis y su inhibición. Esa cansina repetitividad consigue que el éxito se oponga al fracaso irrestricto del encuentro con el otro sexuado y a la falta de clausura imaginaria. El fracaso es inherente al éxito porque perfora constantemente la suposición de completud. El sujeto en el capitalismo, cuando se inhibe, atesora su insensata falta de certidumbre ante el semejante y su cultura que le engendra una “nerviosidad” a raíz de la “renovación incesante y fugaz que el mercado promete” (Marinas, 2014, p. 59).

En consecuencia, la inhibición neurótica obsesiva, en particular, es una característica estructural de la circulación del valor en el capital. Podemos decir que el sujeto ahorra y acumula valor en actos para suponer que está haciendo algo relevante por vía del pensamiento. De hecho, para Freud (1926), la inhibición es una “limitación normal de una función” (p. 83). Si bien puede ser sintomática, la inhibición guarda una relación directa con ese espejismo testarudo y sintomático que denominamos el yo. En palabras exactas, según Freud (1926), la inhibición produce un “extrañamiento de la libido” y esa es una “inhibición pura” (p. 84). Es decir, la inhibición produce una alienación estipulada de la energía libidinal desplegada en diversos objetos, los cuales suelen ser de talante fálico o de placer excesivamente delimitado. Por un lado, hay una invitación al exceso, pero también una circunscripción numérica y centralizada ante este. Extrañarse de la libido soporta, de una u otra manera, la gestión subjetiva hacia un lugar menos sofocante que la angustia.

Como efecto de esto último, encontramos en la función de la inhibición pulsional capitalizada una programación hacia el éxito que evita el contacto con la fractura ante los ideales de carácter yoico. El éxito no es más que un significante insistente y propio de la inhibición en la sociedad capitalista que involucra la cuantía de la existencia, condición que, parafraseando a Mladen Dolar, refleja el “papel preponderante atribuido a las ideas en la vida humana”; sería como ese “signo y la medida de la civilización, es decir, la alta valoración de todo lo que nos eleva más allá de la función de supervivencia” (Dolar, 2017, p. 67).

La inhibición insiste en el corte con la vida colectiva y con la creación. Prioriza la impotencia ante el mandato, incluso atreviéndose a criticar la dominación, y deja un cierto grado de libertad para que el sujeto admita que, en su voluntad individual, puede advenir algo mejor a nivel anímico. Inhibir es la salida sintomática que hace cofradía con la impotencia ante la libertad. Sin embargo, como observó Marcuse (1967), “el alma se desarrolla, a pesar de todas las inhibiciones y miserias sociales, en el interior de los individuos: el ámbito vital más pequeño es lo suficientemente grande como para poder transformarse en un ámbito anímico infinito” (p. 61). Esta idea plantea que, en nuestro propio psiquismo, todavía cabe la posibilidad incondicional de inventar una nueva orientación no sin el pasado retroactivo.

Con frecuencia, la inhibición rompe con el riesgo. Facilita buscar siempre lo mismo, la repetición perenne de elementos que impiden recibir del todo la novedad. Es decir, la novedad del mercado en el capital invariablemente apunta a lo mismo en el comercio gozante de lo inconsciente. El riesgo de ser libres, como indica Anne Dufourmantelle (2015), cuenta con “lealtades” profusamente “antiguas” que llevamos a cuestas y, como resultado, se convierten en una suerte de “armaduras” que impiden la apuesta al acto en muchos momentos (p. 89).

El coste de la inhibición conlleva, además del malestar, la seguridad de que el yo tiene muchas posibilidades de salir adelante en sus elecciones y en sus modos de existencia. Pero más allá de esto, lo único que puede encontrar es un resquicio de libertad posibilitado por un prisma ilusorio de desinhibición. El gran soporte del costo del inhibido es que rechaza perder y perderse en la crítica central a su deseo. Por el contrario, se entrega al goce del deseo que el capital propone mediante su engañosa libertad de consumo. El sujeto termina actuando a semejanza del capital que nunca paga. De esta manera, en la melancolía generalizada de nuestro tiempo, la inhibición anuda de forma central en el “trabajo interior” que siempre permanece “enigmático” (Freud, 1917, p. 243).

Desde esta lógica, que un sujeto acuda a la clínica y encuentre cobijo y confort en la rentabilidad de la inhibición interiorizada ante los vínculos sociales y las escuetas desinhibiciones podría parecer, de entrada, sospechoso. En efecto, la

clínica psicológica puede encontrar en la inhibición individualista uno de los soportes más sólidos de su evidencia debido a que, en la vida cotidiana, el inhibirse forma parte de la ideología y las prácticas sociales más normalizadas.

Del éxito y su barullo

El ser exitoso produce un excedente que necesita de los intercambios de los valores significantes en el mercado de las pasiones administradas por la racionalidad. Esos valores enmarcan la formalización de la moralidad como un modo de coerción y de adecuación a las costumbres, a su esclavitud, como señalara Étienne de la Boétie. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud (1921) revelaba ya que la fragmentación de “la moralidad de las masas” incidía y trastocaba “todas las inhibiciones” cuando los individuos eran empujados a “una libre satisfacción pulsional” desplegando así “todos los instintos crueles, brutales, destructivos, que dormitan en el individuo como relictos del tiempo primordial” (p. 75). La cuestión, en este punto, es que la inhibición entra a rajatabla por los diques morales encauzados por la regularidad cultural imperante y se ve falseada por la estructura de autoridad ante el empuje pulsional. La autoridad no es lo mismo que el poder y, por ello, lo que opera en esta delimitación de la acción es la legitimidad modulada ante la propia cultura.

La medida de exigencia sobre el éxito es una de las enfermedades de nuestro tiempo. Puede palpase en muchos estratos sociales y, sobre todo, en aquellos lugares donde la pulsión tiene registro y encauzamiento extractivo. Curiosamente, en *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud (1926) menciona que “la enfermedad puede ser usada como protección para disimular la propia insuficiencia en el trabajo profesional y en la competencia con otros” (p. 208). La enfermedad del éxito interseca con el discurso emprendedor, el dueño de sí mismo, el amo de su propio destino y un sinfín de alegorías que destapan directamente la dolencia, la peste del capital, aglutinada en la administración de la experiencia exclusiva del yo.

En la neurosis obsesiva, producida bajo los criterios de exigencia y los pensamientos políticamente correctos, persiste una perturbación relevante a nivel

del placer. Emerge allí una grandilocuencia que hace del sufrimiento algo divertido o generador de plusvalor. Acumular el malestar para evidenciar espectacularmente el logro o, en resumidas cuentas, el reinado del sacrificio y la disciplina como soportes funcionales del éxito. La inhibición, de hecho, es una limitación funcional del yo, en los términos precisos ideados por Freud. El yo, como instancia, es el yo blindado por el capitalismo que ha deformado nuestra experiencia de inhibir por la moneda de cambio de la falsa desinhibición. En el capital, el yo se supone una supremacía desinhibida, aunque, en realidad, la inhibición es inconsciente y genera una economía gozante. En este sentido, esa inhibición es también una estrategia primordial para incordiar la funcionalidad del capital.

A nivel ideológico, el sujeto de nuestros días tiene semblante de desinhibido, como un ente arrojado a la búsqueda del goce exitoso. En paralelo, inhibir la creación amplifica las certidumbres del yo en el capitalismo. Es decir, el problema no es desinhibir el deseo, sino que el deseo esté ya cooptado por las claves de utilitarismo del capital. Si el deseo está empecinado en el éxito, la inhibición genera las disposiciones del encauzamiento pulsional, tal vez por eso Lacan (1953) hablaba de los “enigmas” de la inhibición dentro de la “economía de las neurosis” (p. 271).

Actualmente, la escueta desinhibición aleja al sujeto de otra posibilidad deseante, de otra forma de estar en el mundo. Al falso sujeto desinhibido le convienen mucho los *likes*, la pantomima imaginaria de la imagen. El sujeto quimérico de nuestra era cree así controlar su relación con el fracaso. Pese a todo, lo inconsciente emerge, aunque persista entre los psicoanalistas una severa confusión entre el discurso del analista y el discurso del capitalismo.

Sería muy elocuente recordar aquí, con una inconmensurable nostalgia, al escritor Roberto Bolaño cuando expuso, en una frase certera, que “el ser humano está de antemano condenado a la derrota, a la derrota sin apelaciones” y se tiene que “salir a dar la pelea” para “intentar caer como un valiente, y que esa sea nuestra victoria”. Partir de la derrota evita el suplicio del excedente en una vida condenada a la muerte. De hecho, como menciona Lacan (1973), “el suicidio es el único acto

que puede tener éxito sin fracaso” y, en nuestro tiempo, casi nadie quiere morir, mucho menos morir de vergüenza (p. 568).

Asimismo, hay una diferencia sustancial entre desear y gozar del deseo. El yo, nos comenta Freud, “se ve obligado a limitar su gasto de manera simultánea en muchos sitios” y justamente allí radica el asunto, pues la complicación del límite del gasto está íntimamente vinculada al exceso del objeto en la pulsión que excita ampliamente el capital. Es decir, el inconveniente es el gasto improductivo, ese que Bataille (1987) recuerda con tanta claridad. El asunto estriba así más en cómo, en qué y a qué apunta el gasto, y no en la pérdida.

El éxito retoza bajo un raciocinio imaginario y hondamente fantasmático. Allí la inhibición se convierte en una extensión museística frágil de la adecuación. Sólo se puede tener éxito si se anula lo que falta, si se deroga el defecto y no se trabaja con él. En términos claros, aquel que tiene éxito es quien ha ido alineando un estado ficcional experto sobre la existencia capitalista y, aun en ese punto, su fragmentación en lo real hace su aparición.

Inhibir puede engendrar una relación vertiginosa con la pérdida y caer en la vorágine del tacaño, en no arriesgar un ápice lo conseguido. El éxito condena la pérdida al ostracismo. Es como le ocurre a aquel típico vecino, panista y conservador, por cierto, que sobreprotege lo que teme perder. Un esclavo del acaudalamiento. Él no inhibe sino atesora, acumula y separa, su pasión es la crematística. En la inhibición puede expresarse un atesoramiento imaginario y, por otro lado, apuesta a la consistencia que confronta a la angustia y, con ello, a relacionarse de mejor manera con las estructuras de dominación. El barullo del éxito es un excedente que expresa, casi por regla general, el cenit de la ideología dominante. Sólo se convierte en exitoso quien ha logrado servir particularmente al camino del amo.

Inhibir y estar impedido son dos cosas que se guisan en diferentes estofados, aunque ambas se cocinan en el mismo fuego. Inhibir es una antesala ante la fractura del acto y su imposibilidad. El estar impedido fragmenta la apuesta ante el acto.

Quien está inhibido puede encontrar la forma de poner en juego su acto de manera diferencial ante las claves de la estructura. Allí, en ese punto imaginario de la inhibición, puede acontecer una primera pista para salir del museo de los exitosos. Una inhibición del éxito, en todo caso, sería un espacio para dar apertura a un acto no domesticado en las claves estructurales del sistema simbólico de la cultura.

En resumen, se trata de admitir el fracaso cuando se triunfa. Tal cual lo sugiere Freud (1916), en ese extracto archiconocido: el “vínculo causal entre la contracción de la enfermedad y el éxito no puede ponerse en duda”. Enfermar de éxito es enfermar de plenitud y eso resulta muchas de las veces más nebuloso. La moral del exitoso coloca en mala estima a los fracasados pues, como decía Freud, los “poderes de la conciencia moral” son aquellos que “prohíben a la persona extraer” un “feliz cambio objetivo” en aras del “provecho largamente esperado” (p. 325).

El éxito, en consecuencia, es una de las cosas más patológicas que le ha ocurrido a la humanidad. Llena al sujeto de delirios y lo congratula en la idea vacua de suficiencia. Eso es perceptible de forma inmediata. Lo más certero es que el éxito no es sino una articulación abstracta y fetichizada del valor. El valor resulta, parafraseando a David Graeber (2018), en un producto indispensable del intercambio y la transformación de la actividad y, en consecuencia, una prioridad para aquellos quienes acaparan los excedentes producidos.

El éxito queda finalmente armonizado como una prótesis engendrada por el mercado y sus demandas. O, dicho en palabras Anselm Jappe (2019), “el superyó le presenta al yo un ideal desmesurado del éxito y la fama, y lo condena con una extrema ferocidad si este no logra alcanzarlo” (p. 138). En nuestros días, puede verse la incitación al éxito profesional como una de las claves del quehacer psicológico. Un forzamiento para rendir en la fantasía de un saber que muestra su dominio sobre el otro para acallararlo.

La encantadora ilusión de la evidencia

Cada vez que se tenga el gusto de encontrarse con grandes psicólogos, el psicoanálisis puede ser una alternativa eficaz —para entrar en términos pertinentes. Mucho más si se apuesta por un psicoanálisis que detesta las credenciales, que blasfema contra los comités burgueses de ética en la formación; que bordea y elide a los teóricos intocables y a lo políticamente correcto. Esto implica cuestionar al psicoanálisis que se preocupa más por el qué dirán que por incomodar a las estructuras del sistema económico y todos sus efectos abominables. Evidentemente, es una ética del deseo político de un psicoanalista que apuesta a lo imposible y, por ello, fracasa muchas veces.

Arriesgar por la causa freudiana tiene, en el fondo, un llamado a irritar a la psicología basada en evidencia que está en franca complicidad con el capitalismo y el complejo *psi*. Esta corriente a nivel político es muy interesante, pero a nivel teórico-práctico raya en el mal chiste empírico. Opera bajo la garantía del dato, con el prisma de una jerarquía articulada a la medicina y otras prácticas y, sobre todo, navega en las insensatas aguas de la certeza y lo integral, en el curioso enigma de la ilusión multidisciplinaria.

Bajo el cobijo de la medicina basada en evidencia, para esta perspectiva psicológica resulta cardinal, según Daset y Cracco (2013), “encontrar una respuesta con el mayor ajuste y el menor costo de recursos de todo orden” (p. 210). Se entrega al reinado de la verificación positivista y funcional. A producir resiliencia ante el infierno del capital. Eficacia (E), Efectividad (E) y Eficiencia (E) conforman la triada maestra que aproxima a los profesionales de la salud psicológica a “conocer todos los lenguajes” y validar la rigurosidad estadística. Enunciados que no sólo aniquilan al sujeto sino que lo reducen a esas tres características: una triple E que silencia a los planetas. Siguiendo la idea de Lacan (1954): “los planetas no hablan: primero, porque no tienen nada que decir; segundo, porque no tienen tiempo; tercero, porque se los ha hecho callar” (p. 356).

Las tres E que diagraman la exitosa actividad corporativa de los psicólogos parecen imperativos que anudan de modo puntual con cualquier otra clasificación moral o de la llamada responsabilidad social empresarial. El sujeto necesita, al parecer, profesionales competentes, validados y eficaces como si pudieran compartir un estándar; una clasificación que da credibilidad empírica y funcional a la normalidad subjetiva de los planetas que no pueden ser escuchados pues tampoco se les deja hablar. Un exitoso *profesional psi*, antes que alguien que le escuche apaciguando los juicios y que, en el caso de los psicoanalistas, va más allá de “la impudencia del nombre propio como atrapa-transferencia” y del “pensar correcto” (Soler, 2022, p. 147).

De sobra es reconocido que, en el mundo hipervigilado de hoy, se requiere validar hasta la existencia. Por eso nos aparecen *captchas* para comprobar que somos humanos. Para poner en evidencia algo en nuestro mundo se requieren pruebas, irrefutables o generalizadas, con rigor estadístico. Las pruebas suelen ser, muchas de las veces, dinámicas en su funcionalidad, incluso pregonan un extractivismo datificado para la exclusión. Hoy por hoy, hay muchos jueces mundanos o profesionales que apelan a pruebas mínimas. Es por eso que la psicología basada en evidencia científica generaliza, amplifica y contiene. En términos claros: la evidencia en psicología es una acumulación de los casos de éxito y una extrapolación de los fracasos en la clínica. Su postura, además, gravita en la estandarización. El problema, paradójicamente, no es la psicología sino el sentido común, su falsa captura imaginaria y la tiranía científica que excluye al sujeto imponiéndole un saber.

La ciencia psicológica funciona y opera de modo correcto para extender el dominio del sistema en la centralidad de la administración acumulativa de los datos y su transparencia. De aquello que resultó evidente porque las fórmulas estadísticas han funcionado. Pero esto no es un asunto de números solamente. La evidencia es el sentido imperativo, la regularidad, la fiabilidad de lo correcto y lo pertinente; una fascinación por el orden tiránico de lo aceptable y funcional. En el fondo, son creencias validadas por la sumatoria, por el Alfa de Cronbach y el coeficiente de

correlación de Pearson que muestran la confiabilidad en la significación de la ideología dominante.

La evidencia en psicología es tan superflua y calculada en la lectura aritmética del número que se parece al juicio de lo políticamente correcto o de la normalidad corriente. Descansa en el carácter normalizador de las relaciones desiguales, inequitativas y continuamente disfuncionales. Validándose a través de casos cotejados, sospechas insondables y una inspección sancionadora, la psicología intenta validarse a sí misma y convencernos de su eficacia. La ciencia institucionalizada logra así obturar al sujeto.

Todo esto se asemeja a lo que Gordo-López y Parker (1999) articulan como la “cultura psicológica” que domina, desde su ideología, nuestra experiencia de vida. Es decir, una psicología que insiste en la semejanza colectiva mientras se desentiende de los procesos sociales e históricos en aras de una gubernamentalidad en el *complejo psi* como observa Nikolas Rose (1985). O aquella que genera una insistencia por la psicologización yoica como plantea Fernando Álvarez-Uría (2011), o pregona la racionalización extenuante de los procesos psíquicos como esboza Valerie Walkerdine (1988), o maximizando la marginación productora de fragilidad entre los registros del supuesto bien y el psicopoder como lo han explorado Julia Varela (1995) y posteriormente Santiago López Petit (2015). Y así, de forma evidente e incluso cínica, la psicología basada en evidencia no deja de desentenderse de la estructura del malestar apostando a una ilusión del bienestar en el capital.

De igual forma, la evidencia es muy cercana a la formalidad de la transparencia y el decoro funcionalista. Todo ello da como resultado que lo basado en la evidencia priorice los resultados y el éxito funcional de la terapia. Todo psicoanalista, por el contrario, sabe que la cura, además de ser añadidura, parte del reconocimiento de la singularidad, el manejo diferencial de la transferencia y los efectos *après coup*. La evidencia es tan absurda que, muchas de las ocasiones, comprueba que los sujetos no cambian. Y, desde esa línea, cualquier trabajo analítico resulta impensable. Lacan decía, de manera hábil, que lo inconsciente se

comprueba en el fracaso y en la clínica psicoanalítica ese es un efecto indispensable. Solo cuando se fracasa se puede virar un poco hacia el deseo y sostener los actos. Y, en ese punto de miras, la evidencia consciente no sería más que un espejismo. Es decir, la consciencia se afirma como algo endeble cuando el inconsciente expresa su propensión a fracasar.

A contracorriente, el psicoanalista tiene la imperiosa obligación de vencer sus resistencias y saberse amigo del fracaso. Esto, en efecto, no tiene que ver con ser un buen o un mal psicoanalista. Lo mínimo es estar prevenidos contra la canallada. Un psicoanalista permanece en los bordes, en la carencia de éxito. Lacan (1975) lo vaticinó de forma clara cuando denunciaba que el psicoanalista prioriza el fracaso ante el éxito: el éxito no es asunto de interés para el psicoanalista, “el éxito es un asunto del barullo, es decir a lo que hace masa” [*On est convenu d’appeler succès le brouhaha, c’est à dire ce qui fait foule*]” (p. 27).

En ese tenor puede proponerse a los psicoanalistas una apuesta clínica de poca monta y atinada por incauta. Desde luego, esto no es posible si el acto analítico se coloca a merced de la *opinología* en redes sociales. Para un psicoanalista serio, el clientelismo y el oportunismo le resultan flojos e innecesarios. Un psicoanalista intentará dismantelar el goce fálico de los centenares de pacientes bajo el augurio de que algo de la transferencia sale siempre a flote. De estar descentrado desde el fracaso, ocupando en su tiempo lógico el lugar del desecho que siempre es más honroso que el de las luminarias. No es ser convertirse en disidente del psicoanálisis (hoy en día hasta la indignación es mercantilizable) sino sostenerlo en una dirección que prioriza la singularidad y la incisiva fragmentación del yo desde adentro del mismo psicoanálisis y en la dominación masificada del barullo.

Conclusiones

Para intentar concluir, y en última instancia, un analista sólo es un proletario del trabajo inconsciente y siempre trabaja gratis; paga lo justo con las palabras y el recibir. Esto igualmente significa estar menos preocupados por el cuadro de Remedios Varo en el consultorio minimalista que por la posición del desecho. Un

psicoanálisis crítico de la evidencia nos muestra que lo único relevante deambula entre el enigma del significante y la dirección de lo real en el analizante. Tal como insiste Constanza Michelson (2021), “el psicoanálisis no puede ser conservador ni progresista porque es una teoría de la noche” (p. 28). La claridad de lo evidente siempre tiene un sólido rasgo oscuro.

Analizar apunta a la baja optimización de recursos, a evitar salir en la exitosa pantalla contemporánea, a alejarse de los reflectores, ese espacio de soledad donde florece el sepulcro de los ídolos. Un analista habita en la isla de los incautos que hacen de su deseo analítico una cosa que se sostiene, siguiendo a Lacan, con un buen *omelette*, perteneciendo a ese clan de hermanos homosexual que resiste a la castración con una buena dosis de vergonzontología pues da cuenta de que rechazar la idea de éxito es más deleitante que el éxito en sí mismo. A la larga, un psicoanalista no es más que “una palabra en un índice” siguiendo la idea de Borges.

No hay garantía ni evidencia al ejercer como psicoanalista. Por ello, cuando, bajo el augurio del éxito por venir, el *profesional psi* le venga a convidar a adaptarse, a ser resiliente y a acumular herramientas, muérase de vergüenza de la insistencia psicologizante y del negocio. El psicoanalista y el analizante deben seguir jugando a lo perdido. La brújula de los psicoanalistas viene con la palabra y con lo real que tienen efectos políticos a destiempo. De ese modo arriesgado vamos un pelín desfasados en el capital pues se prioriza al sujeto, su responsabilidad en el acto y su fracaso inconsciente. Y esa, esa quizás, como decía Bolaño, sea nuestra única victoria.

Referencias

- Álvarez-Uría, F. (2011). La psicologización del yo: materiales para una genealogía del descubrimiento del mundo interior. *Educação e realidade*, 36(03), 911-944
- Bataille, G. (1987). *La parte maldita. Precedida de La noción de gasto*. Barcelona: Icaria.
- Daset, L. R., y Cracco, C. (2013). Psicología basada en la evidencia: algunas cuestiones básicas y una aproximación a través de una revisión bibliográfica sistemática. *Ciencias Psicológicas*, 7(2), 209-220.
- Daza Díaz, Ó. (2006). El paradigma del control social en los orígenes de la psicología. En J. L. Romero y R. Álvaro Vázquez (Coords.), *Antypsychologicum. El papel de la psicología académica: de mito científico a mercenaria del sistema*. Bilbao: Virus.
- Dolar, M. (2017). Of Drives and Culture. *Problemi International*, 1(1), 55-79.
- Dufourmantelle, A. (2015). *Elogio del riesgo*. México: Paradiso.
- Freud, S. (1916). Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico. En S. Freud, *Obras completas* (vol. XIV, pp. 313-339). Buenos Aires: Amorrortu, 2000.
- _____, (1917). Duelo y melancolía. En S. Freud, *Obras completas* (vol. XIV, pp. 235-255). Buenos Aires: Amorrortu, 2000.
- _____, (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En S. Freud, *Obras completas* (vol. XVIII, pp. 63-135). Buenos Aires: Amorrortu, 2000.
- _____, (1926). Inhibición, síntoma y angustia. En S. Freud, *Obras completas* (vol. XX, pp. 71-163). Buenos Aires: Amorrortu, 2000.
- Gordo-López, Á. y Parker, I. (1999). Cyberpsychology: Postdisciplinary Contexts and Projects. En Á. Gordo-López e I. Parker (Eds.), *Cyberpsychology* (pp. 1-22). Londres : Macmillan.
- Graeber, D. (2018). *Hacia una teoría antropológica del valor*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jappe, A. (2019). *La sociedad autófaga. Capitalismo, desmesura y autodestrucción*. Logroño: Pepitas.
- Jones, E. (1957). *Vida y obra de Sigmund Freud* (vol. III). Barcelona: Anagrama.
- Lacan, J. (1953). Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis. En J. Lacan, *Escritos* (vol. I, pp. 231-309). México: Siglo XXI, 2009.

- _____, (1954). *El seminario. Libro II. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, 1983.
- _____, (1973). Televisión. En J. Lacan, *Otros escritos* (pp. 535-571). Buenos Aires: Paidós, 2012.
- _____, (1975). Ouverture du Congrès. *Lettres de l'Ecole Freudienne*, (16), 27-29.
- Langer, M. (1978). Vicisitudes del movimiento psicoanalítico argentino. En A. Suárez (Ed.), *Razón, locura y sociedad* (pp. 56-84). México: Siglo XXI.
- López Petit, S. (2015). *Breve tratado para atacar la realidad*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Marcuse, H. (1967). *Cultura y sociedad*. Buenos Aires: Editorial Sur.
- Marinas, J.-M. (2014). *Ética de lo inconsciente. Sobre comunidad y psicoanálisis*. Madrid: Biblioteca Nueva/Siglo XXI.
- Michelson, C. (2021). *Capitalismo del yo*. Buenos Aires: Paidós.
- Pavón-Cuéllar, D. (2024). *Psicoanálisis y colonialidad. Hacia una inflexión anticolonial de la herencia freudiana*. México: Fontamara.
- Rose, N. (1985). *The Psychological Complex. Psychology, Politics and Society in England, 1869-1939*. Londres: Routledge.
- Roudinesco, É. (2011). *¿Por qué tanto odio?* Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- _____, (2015). *Freud en su tiempo y en el nuestro*. Barcelona: Debolsillo.
- Soler, C. (2022). *Los afectos lacanianos*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Varela, J. (1995). Categorías espacio-temporales socialización escolar. Del individualismo al narcisismo. En J. Larrosa (Ed.), *Escuela, poder y subjetivación* (pp. 155-192). Madrid: Ediciones de la Piqueta.
- Walkerdine, V. (1988). *The Mastery of Reason. Cognitive Development and the Production of Rationality*. Londres: Routledge.